

BOLETÍN

de la GRAN NOVENA

de NOVIEMBRE de 2019

Este año, la novena coincide con el Bicentenario de la Fundación de las Congregaciones Menesianas, en particular la de los **HH. de la Instrucción Cristiana - HH. Menesianos** -. Ahora, que la Causa ha entrado en una fase decisiva, multipliquemos nuestros esfuerzos en la oración y en el acercamiento a nuestros Fundadores, en especial a Juan M^a de la Mennais. Todos deseamos que el P. de la Mennais sea reconocido como **“santo”** por la Iglesia, como **“modelo de fidelidad a la Iglesia y patrono de nuestras escuelas católicas”** (oración tradicional). Al mismo tiempo estamos llamados a abrir una nueva página, que actualice el tiempo de gracia de la fundación. Nuestros Fundadores respondieron a una llamada del Espíritu y aceptaron caminar como Abraham, sin saber bien a dónde iban, guiados únicamente por el Espíritu Santo.

El fuego de Pentecostés ardía en ellos. Sabían que su obra era **“obra de Dios”**, suscitada por el Espíritu con la presencia del Jesús vivo. Fueron los años de entusiasmo para Gabriel y para Juan M^a, llenos de sueños y de dinamismo transmitido a los jóvenes. Jóvenes sencillos, normales, pero tocados por el fuego del Espíritu Santo. Los sacrificios y las privaciones, las incomodidades y la pobreza, a todo se sobreponían con el impulso que les infundían los Fundadores. Su misión era una misión divina: llevar a los pequeños y a los pobres la Buena Nueva del Evangelio.

Los años de la Fundación habían llevado a unos hombres - que tenían los pies en la tierra - a realizar obras rayanas con la locura. Abrir escuelas con jóvenes sin formación, teniendo por única compañía al párroco, lanzarse a una empresa semejante sin recursos económicos suficientes, abrir escuelas cada vez más lejos, comprometer a jóvenes - para toda su vida - en esta aventura, todo esto se salía fuera de lo razonable. Su única razón era la confianza plena en la Providencia. La labor de los Hermanos **era una obra de Dios**. Él lo quería así y ¡Él proveería! Los Fundadores lo iban a hacer posible.

Los Fundadores eran plenamente conscientes de que esta Fundación o era **obra Suya**, que ellos no eran más que simples obreros de la viña del Señor. De hecho, ni dudaban en desprenderse de su obra para responder a la llamada del Señor, como Abraham, iba a desprenderse de su hijo Isaac. Gabriel fue más lejos, renovando y fundando otras Congregaciones. Juan M^a fue llamado a París para colaborar en una obra importante de la Iglesia de Francia. Seguro que su corazón lo tenía al lado de **“sus Hermanos”**, pero en realidad, estaba lejos de ellos. Puso su confianza en Dios que era quien debía **‘hacerse cargo de su Congregación’** y quien tenía que hacerla crecer. Era su ‘obra’ y no la de sus Hermanos. Como un niño en brazos de su madre, así se sentía él en los brazos de la Providencia **en todo y para todo**.

La mirada del P. Fundador, la de los Hermanos y la de las Hermanas de estas nuevas Congregaciones, estaba puesta en los pequeños que el Señor les confiaba. Eran chicos de pueblo, las nuevas generaciones que crecían en la ignorancia: humana y espiritual, expuestos a la influencia de las ideologías ateas y secularizadas. Se iban a convertir - para ellos - en sus padres y en sus hermanos mayores, en los ángeles de la guarda de su fragilidad, en los apóstoles que les iban a suministrar en pan de la instrucción cristiana, en los pastores del rebaño de Dios que les iban a proteger de los lobos de las nuevas ideologías. Les consagraban todo su tiempo, toda su salud y toda su energía. Estos Hermanos Misioneros se sentían tan entusiasmados con su labor de evangelización a través de la escuela que, una quincena de años después de la fundación, no tuvieron miedo de **“echar las redes”** (dar su vida) - **bajo la palabra de Jesús** - en los lejanos mares de las Colonias, donde tendrían que afrontar las más duras pruebas, hasta el don total de sus jóvenes existencias.

El sueño de Juan M^a, - alentado por su ‘hermano’ Gabriel -, era sin duda, grandioso. Se proponían hacer caminar por otras rutas a la Francia que se ponía a la cabeza de la construcción de una sociedad totalmente laica y sin Dios. Quería construir una sociedad inesperada en la Fe y plenamente respetuosa con los verdaderos derechos del hombre y del ciudadano. Una sociedad en la que **la dimensión integral de Hijo de Dios** de cada persona, fuese respetada como tal. Juan M^a había trabajado y luchado por este ideal de cultura inspirada en la Fe, una cultura en la que se aúnan - al mismo tiempo - la Instrucción y la Fe. Así que **“sus escuelas”** se fundarían para dar a conocer y a amar a Jesucristo y su Evangelio.

Volvámonos - durante estos años de gracia - hacia nuestros ‘santos’ Fundadores para que seamos capaces de renovar la respuesta a nuestra santa vocación. ¡Echémonos a alta mar! Lancemos las redes en el mar de los pequeños y de los jóvenes de hoy. **¡HOY cada uno de nosotros somos otro Juan M^a!**